

La segunda vida del arte



Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2018

Una de las mejores experiencias que tuve durante el tiempo que residí en Madrid fue, sin lugar a dudas, encontrarme con la obra literaria de Luis Racionero, un escritor al que he seguido desde entonces y al que he leído con avidez y devoción. La gran cantidad de registros que contienen sus libros ha hecho que continúe volviendo, una y otra vez, a sus ensayos para comprender más y mejor el concepto del Arte y, siguiendo ese noble propósito –una empresa nunca acabada- tratar de dar forma a esa idea que resulta, para cualquiera de nosotros, tan volátil, cambiante, incompleta e indefinida.



Luis Racionero

Durante los casi treinta años en los que he estado atento a sus comentarios en prensa, leído sus ensayos o novelas, Luis Racionero siempre me ha sorprendido, adentrándose en temas tan diferentes como la contracultura, la pintura, la filosofía, la crítica literaria, el urbanismo, la novela con base histórica, la biografía, el pensamiento religioso o las alternativas espirituales. Además, sus intervenciones en televisión y radio o sus participaciones en programas de ámbito literario o filosófico, han supuesto para mí incentivos más que suficientes para impulsar mi curiosidad hacia otras derivadas que en ellos nos proponía: otros autores, diferentes movimientos culturales, visiones de la historia, etc.

En *“Tiburones del Arte”*, el autor desarrolla ampliamente su concepto del Arte y más allá de las valoraciones que establece sobre las vanguardias, el valor primero y último de la actividad artística, la crítica o las futuras formas de expresión, voy a subrayar su anotación acerca de la *“segunda vida del arte”*, una idea que viene de lejos, pues tiene al poeta italiano, Eugenio Montale, como primera referencia.

Eugenio Montale, escritor, crítico musical, poeta y Premio Nobel de Literatura en 1975, sostenía que si una obra no alteraba, fascinaba, crispaba o transformaba la vida del espectador, ésta no podría considerarse, verdaderamente, Arte.

Si el resultado fuera el contrario estaríamos hablando de Arte verdadero.

A esa emoción, compartida entre autor y espectador, el maestro italiano la denominaría: "*segunda vida del arte*".

Montale consideraba que existían tres momentos fundamentales en la creación artística. El primero de ellos es aquel en el que el artista se encuentra con su fuente de inspiración: paisaje, escena, idea o sentimiento. En un instante semejante, el creador recibe un mensaje que despierta en él una emoción, un impulso capaz de transformar su presente e, incluso, alterar el rumbo de su propia vida. Esa alquimia interior se verá reflejada, más tarde, en la creación artística. La nueva obra, nacida al albur de aquella emoción, servirá de catalizador para que otro receptor -o espectador- vuelva a sentir un éxtasis semejante al experimentado por el autor. El arte tendrá, en esta nueva experiencia, otra oportunidad de vivir.



Eugenio Montale

En numerosas ocasiones he hablado con mi maestro, Sugawara Sensei, acerca de esa transmisión de emociones que es la enseñanza de un Koryû medieval. En las muchas conversaciones que hemos mantenido durante los últimos veinticinco años, algunos de mis interrogantes han ido dirigidos hacia ese concepto que es el fluir de las ideas, el intercambio de pareceres, la cesión de conocimientos, la concesión de técnicas que se gestan entre maestros y alumnos.

Tal concepto de entrega, como si de una corriente de enseñanza continua e infinita se tratara, siempre me ha parecido, también a mí, una "*segunda vida de un Koryû*".

Más allá de reinterpretar el contenido que nuestro propio maestro nos entrega, por encima del desarrollo que ello propicia en nosotros mismos y desde el cual nos catapultamos hacia otras esferas de conocimiento y práctica, quiero quedarme con una idea primordial: el hilo conductor que ha unido la primera experiencia a la

segunda y ésta a su vez con la siguiente ha sido, siempre, una Emoción: esa forma de energía tan propia de un espíritu humano sensible.

En efecto, cuando los maestros nos hablan de transmisión, entrega, sinergia o compartir desde la propia experiencia, nos están hablando de esa *“segunda vida del arte”*.

Es desde esa perspectiva, nacida de una primera Emoción, transmitida desde una segunda Emoción y recibida a través de una tercera Emoción, que los Koryû del medievo de Japón han ido fluyendo de una generación a otra durante siglos, desde el corazón de lúcidos maestros hacia las comprometidas manos de alumnos sinceros, desde la franqueza de hombres y mujeres libres hacia la honestidad de estudiantes dispuestos a la enseñanza real.

Y todo ello ha sucedido con naturalidad, sin necesidad de utilizar esos *“vehículos menores”* que han sido -y continúan siendo- esas otras formas de aprendizaje sujetas a los dictámenes del materialismo, a la compraventa del conocimiento, al vulgar mercado del Arte.

Kenshinkan dôjô 2018